



Persona y ajedrez. Una metáfora de la aproximación al otro como herramienta educativa

Juan Carlos Vila¹

Representación sobre el tablero

Desde el escaque, desde ese lugar que, plano en el espacio, es una sesentaycuatroava parte de la superficie que tiene el jugador de ajedrez para desarrollar su necesidad vital de movimiento; desde ese cuadro de binaria necesidad quiero exponer lo que creo es una bella y útil metáfora de la aproximación personal, de la aproximación al otro, de la más importante de las acciones que lleva a cabo la persona, esa que siempre ha de convertirse en acontecimiento. Cada acontecimiento que se transforma en tal, cada acción dialogada, debatida, mostrada, esculpida, verbalizada, cada combinación de movimientos entre dos escaques que refleja una postura vital, es una forma de entender el mundo que habitamos, que hacemos, que construimos al cruzar el tablero por la diagonal o al avanzar uno de nuestros peones. Y ese acontecimiento indispensable que es el encuentro personal, se representa en una partida de ajedrez.

Es un juego, y está claro que puede usarse como distracción, para buscar la autorrealización en una competición, o simplemente para llevar a cabo una serie de movimientos mecánicos, matemáticamente previstos, lógicamente coherentes. Pero también puede jugarse para comprender, para entender la manera de ver el mundo de la persona que tenemos enfrente. El ajedrez es considerado habitualmente como un

juego. Y ya este hecho merece la pena detenerse en él. En castellano tenemos un problema con esta palabra “juego”, pues su utilización parece ir quedando reservada para la primera acepción que nos brinda nuestro mejor manual de uso, el “María Moliner”²:

- Acción de jugar: Cualquier clase de ejercicio que sirve para divertirse: ‘Campo de juegos’. Conjunto de acciones que, con sujeción a ciertas reglas, se realizan como diversión: ‘Juego de billar (de dominó, de prendas, de justicias y ladrones)’. Juego de azar.

Pero al igual que el término “play” en inglés o “das spiel” en alemán, en castellano tenemos otra acepción más apropiada para el ajedrez:

- Intriga o actividad con que se persigue algo: ‘No le ha salido bien el juego. No dan parte en el juego a nadie. Has estorbado su juego’. Descubrir el juego.

- Cualquier actividad o trato en que cada uno de los que interviene se esfuerza por conseguir su propio objetivo frente al del otro o los otros: ‘Con ese juego de tira y afloja no llegarán a un acuerdo’.

Estoy hablando además de añadir el sentido de “representación”, a la manera del teatro. Así, la persona, en su sentido más antiguo de *πρωσωπον*, juega el papel de su vida, y en el caso del ajedrez juega el papel que le personaliza más, el de la interrelación con un tú, con el otro. Es sorprendente como toma un sentido diferente la “máscara” griega, más allá de su sentido negativo, para acercarnos al que nos la presenta como la representación de algo. En esto sigo lo dicho en *Verdad y Método*³, en el capítulo dedicado precisamente al concepto de juego.

Cuando dos personas están jugando hay una interacción, un Yo con un Tú jugando una interpretación de ambos, podríamos decir. Con

¹ Miembro del Instituto Emmanuel Mounier España. Presidente de la Asociación Cultural Tremn. (Ver más en nuestro Link de Autores).

² “María Moliner. Diccionario de uso del español”. Edición Electrónica v2.0, basada en la 2ª edición publicada por la Editorial Gredos, Madrid 2001.

³ Gadamer, H.G., *Verdad y Método*, Salamanca 1993. Ed. Sígueme.

las mismas reglas y herramientas, aplicando estrategias que cada uno decide con plena libertad cómo usar. Están en un mismo plano, con posiciones intercambiables en origen, pero conservando rasgos diferenciadores, que en el Ajedrez vendrían determinados por la diferencia de colores de las piezas. El objetivo del juego sería la aprehensión del otro (ese tú de mis relaciones) mediante esas estrategias. Y todo para traspasar o eliminar las barreras que me impiden fijar “su centro”, la persona misma, con lo que se completa la relación.

Hay una satisfacción muy especial en la eliminación de esas barreras, y también en completar el juego. El Ajedrez no consiste en ganar o perder, sino en llegar realmente al corazón, al alma, al centro de la persona; tener la oportunidad de comprender mejor al otro. La diferencia entre “perder” y “ganar” está en quien llega dentro de quien; y no del todo, pues aún “perdiendo” se aprehende al otro.

El Ajedrez representa una realidad (simbólica); a través del tablero y las piezas nos presentamos un mundo. Una realidad, o plano de realidad, de relaciones, religando a través de la realidad a mí mismo y a los otros. Tenemos ahí una herramienta muy especial para comprender el “juego de la vida”, una vivencia, una experiencia vital. Es en ese momento del juego donde se experimentan mejor el espacio y el tiempo, nuestras especiales cuatro dimensiones. No hay lugar para el azar; solo hay destreza, habilidad... valores puestos en juego; virtudes. Precisamente, para la cuestión de las destrezas sociales, el ajedrez es una herramienta educativa imprescindible; tomándose en serio.

La Teoría de Juegos queda en el terreno del azar, no es aplicable al Ajedrez como bien reconocen casi todos los autores que hablan de ella y de la Teoría del Caos. Para cuestiones numéricas tiene una aplicación directa de gran calado; en cuanto entra la capacidad de decisión personal, las posibilidades de predicción se vuelven casi imposibles. Aún así, entre los mismos teóricos del ajedrez hay división, y existe una línea de aprendizaje basada en el cálculo de posibilidades, que insiste por la vía de la inteligencia artificial. Creo que sigue siendo evidente que una máquina meramente calculadora de posibilida-

des, no tiene posibilidad de vencer abrumadoramente a una persona. La racionalidad puesta en juego en el ajedrez viene a representar perfectamente el modelo de racionalidad comprometida que pretende esbozar el personalismo comunitario.

Un juego en educación

Lo anterior tendría poco más que un valor testimonial si no pudiéramos darle una aplicación a nuestro acontecer diario. Y en mi caso es en el terreno educativo donde pongo en juego la importancia de una herramienta que se muestra eficaz a la hora de introducir ciertos valores en las relaciones personales de aquellos con los que tengo la fortuna de relacionarme día a día; niñas y niños, jóvenes extremeños con los que desarrollo actividades al margen de su formación habitual. Específicamente he puesto en práctica lo expuesto en el desarrollo de una escuela de Ajedrez.

Esto me ha llevado a comprobar que es posible plantear una visión del Ajedrez muy diferente a la habitual, que siempre lo enmarca en un entorno “guerrero”, explicándolo desde una perspectiva de corte bélico, que además choca con los criterios educativos que manejamos hoy en día. Partiendo de la historia del Ajedrez es bastante sencillo explicar una alternativa a la tradicional bélica; este juego es una combinación de un juego hindú (chaturanga) y uno griego (petteia) en el que se combinan la interpretación mística del primero con la visión estratégica del segundo. Las rutas comerciales hicieron de exportadoras del juego en todas direcciones a través de Persia (hacia Rusia, centro-Europa, y por el norte de África hasta la Península Ibérica con las caravanas árabes). En todos estos casos, los comerciantes jugaban para amenizar las largas noches, y también para comenzar las relaciones comerciales que motivaban sus viajes. Nada de preparación para la guerra; se preparaban para negociar.



Efectivamente, las relaciones humanas han estado plagadas de guerras, como así lo atestigua la historiografía. Pero también ha estado plagada de diálogo (como el cristiano y el musulmán de la imagen adjunta, del Libro del Ajedrez de Alfonso X), aunque esto aparezca mucho menos, y con aparente menosprecio por los historiadores. Y este diálogo, los comerciantes sabían y saben que es la base de unas buenas relaciones comerciales, donde el mutuo conocimiento (y reconocimiento) servía para mejorar los resultados. Cuando se comerciaba para vender, para intercambiar, lo que importaban eran los protagonistas de la relación; las personas que eran sujetos con capacidad de decisión. Hoy se vende para consumir, y las personas pasan a ser objetos también de intercambio, bien directamente, bien por que lo que se vende es su capacidad de consumo.

Cuando planteo que el Ajedrez es un juego, una forma de representar, donde lo que se busca es conocer al otro, pretendo cambiar el punto de vista sobre lo que se va a hacer cuando se sienten frente a frente en un tablero. No van a buscar "matar" ninguna pieza; van a intentar bajar las barreras que ponemos al reconocimiento por parte del otro. No van a buscar la destrucción del contrario; buscarán la inmovilización del otro, porque si el otro se mueve me es difícil conocerlo, mientras que si consigo "fijarlo" tendré una mejor visión de él. Y ése es el objetivo final del Ajedrez, que la pieza que representa al otro, el Rey, quede inmóvil en el tablero.

Por esto mismo, hay que diferenciar los dos aspectos que tiene el Ajedrez: juego y deporte. Como juego es una actividad donde las habilidades y capacidades de ambos se miden

como nos medimos en nuestras relaciones diarias. Como deporte se compite por saber quien de los dos es el mejor. Ambas opciones son válidas, pero para ambos casos se plantea el gran problema de la "autoridad". El reconocimiento es la única vía a la autoridad; de otra manera, la autoridad se vuelve autoritarismo.

Otra cuestión importante que abordo cuando utilizo el Ajedrez como herramienta educativa es la de la libertad. Normalmente se suele pensar que el jugador de ajedrez se ve constreñido por unas reglas, y por lo tanto es difícil ver que se pueda interpretar el desarrollo de su juego como de "libre". Pero no es así. Las reglas del ajedrez son relativamente pocas, y fácilmente comprensibles para niños y niñas en edades muy tempranas. A partir de ahí, es el desarrollo de esas reglas, idénticas para el otro, lo que me permite ejercer mi libertad (y ejercerla también al otro) desarrollando el juego de la forma que deseo, con la única limitación adicional del juego (la libertad) del otro.

Sorprende ver que la utilización del Ajedrez como herramienta educativa sea aplicable en casos donde la dificultad de concentración o "nivel intelectual" de los potenciales jugadores y jugadoras pareciera desaconsejarlo. El halo de intelectualismo y elitismo del que hemos rodeado al Ajedrez no tiene base ninguna, salvo por la interpretación del mismo como de una ciencia que es racionalmente comprensible, y por tanto reducible a combinaciones matemáticas. Efectivamente se puede ser un buen técnico ajedrecista basándose en la matemática, pero no se será un buen jugador de ajedrez, por lo mismo que no es igual ser un buen arquitecto o ingeniero, que ser un buen constructor de catedrales.

Aplicar una herramienta requiere comprenderla, para poder sacar de ella todo lo que podamos desear. El Ajedrez es una herramienta educativa muy interesante, como forma de experimentar valores por la vía de la representación, del entrenamiento de nuestras capacidades.